Rodolfo Ortega Peña ¡Presente!

En uno de aquellos cuadernos liricos del Destierro, Unamuno comentaba cada poema con recuerdos y, entre ellos, uno que nació una tarde gris en que entraron a un negocio suyo: "Era de los días —declinó— en que más me dolió España".

La ira y lluviosa tarde en que entramos a Rodolfo Ortega Peña fue de polvos en que todos nos duró más nuestra Argentina. Sentimos, profundo y lasterante, el dolor clavado en el costado. Una pera innumerables, llenarana, dura y seca, sin lágrimas ni llanto. Argentina nos dolía más que nunca aquella tarde. No era solo el amigo querido y admirado a quien habían muerto: su amistad inquebrantable, su risa servía, su feroz imaginación, su ingenio, su intelecto, su gentileza, su inteligencia, su disimulada pero incoletante ternura, su exuberante humanidad, aún su facundia. Era también su ciudad, su patria, su cuota, su lástima con los pocos y su muerte, tan precisa, fría y calculada. Y aún su propio entierro, frágil y agotado como su existencia, sus asesinos gopeando sobre su féretro, sus enemigos mostrando un miedo irracional a su cadáver, sus deudos por militares reivindicando la victoria de su propia muerte.

Su posterg batalia y la tierra por sepulcro.

Rodolfo fue escrito entre muchos. Era el blanco perfecto y dieron en el centro. No era jefe ni capitanía tampoco un determinado partido político o una concreta dirección revolucionaria. No cabía, incluso, no fue sino una trinchera más, como antes lo fueron su editoriales, su protección y el periodismo, desde donde libró, siempre desesperado, su diaria y sostenida batalia contra la estafa, la prepotencia y la opresión.

No se ató nunca a la estréchez de partidos o sectas; más no por mera indisciplina, sino porque tuvo siempre de los sectarismos y clérice buscó incesante y obstinadamente el ancho cauce que unificara los esfuerzos populares y reuniera a todos los valientes de las revoluciones populares. Invocó a la revolución a través de la Revolución. Maduro de frutos, cargado de razón y de caudales humanos descanzantes, sus lecturas y sus experiencias, aventuras todas las naturales dudas y vacilaciones, irrevocable su renuncia a los privilegios y enunciaba una filosofía revolucionaria y hundida sus raices vitales en las luchas del pueblo y de las clases trabajadoras. Rodolfo era sin duda terrible amigo. De allí entonces, de su comprometida independencia, de su enorme capacidad de denuncia y de respuesta, de su prestigio combativo, de su insobornable decisión de servir a la revolución. Por lo que, no lejos de que la lucha revolucionaria, es que Rodolfo fuera el伊始。Simplemente, ante más, una larga y prolongada lucha contra la dictadura militar; había vestido implacablemente a muchos poderes que habían luchado años y años de indelebles; había dejado en su camino odios profundos e irreconciliables y sus enemigos —los que habían ganado su vida— tenía, a veces, en sus manos esclavos, por no hablar de lo que habían de pasar.

El imperialismo ya no resistía su presencia; su voz y su denuncia. Menos aún sus laceras de aquel dentro. Prevalecía —y no se equivocaban ciertamente— muchos más y más acerados golpes. Rodolfo no cedería. Lo sabian. No dudaban. Y entonces leyeron, con vistosa, con triunfado, con derecho, con impunidad, como lo hicieron con tantos otros antes, como lo harán con muchos otros después. Como en la Semana Trágica en la Patagonia, como en Coronel Suárez, como en Trelew, como en Esquel, como en por todos los días en los barrios, en los sindicatos y en los locales y concentraciones populares con lo mejor y lo más lícito de nuestro pueblo.

Rodolfo Ortega Peña no ignoraba su destino. Sabía que no era de aquellos que terminarían sus días en un lecho inhumano, pero por las dolencias de los años. No buscaba empeñar la muerte; por el contrario, amaba profundamente la vida y se daba a ella con pasión y con alegría, por lo que desearía en modo alguno perder y los que cultivaba diariamente con pasión de prójimo jardineño— jamás perdonarían. Por último, poseía una banca que en sus manos era instrumento formidable de combatiente.

El imperialismo ya no resistía su presencia; su voz y su denuncia. Menos aún sus laceras de aquel dentro. Prevalecía —y no se equivocaban ciertamente— muchos más y más acerados golpes. Rodolfo no cedería. Lo sabian. No dudaban. Y entonces leyeron, con vistosa, con triunfado, con derecho, con impunidad, como lo hicieron con tantos otros antes, como lo harán con muchos otros después. Como en la Semana Trágica en la Patagonia, como en Coronel Suárez, como en Trelew, como en Esquel, como en por todos los días en los barrios, en los sindicatos y en los locales y concentraciones populares con lo mejor y lo más lícito de nuestro pueblo.

Rodolfo Ortega Peña no ignoraba su destino. Sabía que no era de aquellos que terminarían sus días en un lecho inhumano, pero por las dolencias de los años. No buscaba empeñar la muerte; por el contrario, amaba profundamente la vida y se daba a ella con pasión y con alegría, por lo que desearía en modo alguno perder y los que cultivaba diariamente con pasión de prójimo jardineño— jamás perdonarían. Por último, poseía una banca que en sus manos era instrumento formidable de combatiente.

El imperialismo ya no resistía su presencia; su voz y su denuncia. Menos aún sus laceras de aquel dentro. Prevalecía —y no se equivocaban ciertamente— muchos más y más acerados golpes. Rodolfo no cedería. Lo sabian. No dudaban. Y entonces leyeron, con vistosa, con triunfado, con derecho, con impunidad, como lo hicieron con tantos otros antes, como lo harán con muchos otros después. Como en la Semana Trágica en la Patagonia, como en Coronel Suárez, como en Trelew, como en Esquel, como en por todos los días en los barrios, en los sindicatos y en los locales y concentraciones populares con lo mejor y lo más lícito de nuestro pueblo.

Rodolfo Ortega Peña no ignoraba su destino. Sabía que no era de aquellos que terminarían sus días en un lecho inhumano, pero por las dolencias de los años. No buscaba empeñar la muerte; por el contrario, amaba profundamente la vida y se daba a ella con pasión y con alegría, por lo que desearía en modo alguno perder y los que cultivaba diariamente con pasión de prójimo jardineño— jamás perdonarían. Por último, poseía una banca que en sus manos era instrumento formidable de combatiente.

Hasta conmoverle e incluso hasta alterarle. Muchos de nosotros nuestros pais se indignaron frente a la injusticia y la arbitrariedad, sin nuestros defensores, no encargarse de mantener las lágrimas frente al con- cimiento de torturas, secuestros y asesinatos de militares y combatientes populares. Todos los vimos acudir ante presuroso para asistir profesional a la lucha. Ellos no conocían el derecho y todas las técnicas, aún las más ocurro ignoran, del oficio. Sábalo, sin embargo, —era —en el conciencia y convicción de que los abogados sólo son —soros, las últimas de la lucha y a la lucha de los combatientes populares, una de las verdaderas batallas sociales porque allí donde se cierran y santifican con el clásico "reparte el parquet y archiva" la mayor parte de las injusticias.

Eduardo Duhalde, su amigo y compañero entrañable, en el sobrio y excelente discurso que en representación de todos pronunció en el acto de su inusitado sepulcro, describió el sentido y el signo de la revolución política de Rodolfo, en las enseñanzas que ambos recogieron de sus comunes experiencias sindicales y profesionales y, al par que destacó las causas y motivos de su adhesión al peronismo revolucionario, marcó la línea ideológica de su pensamiento.

Nadie mejor que Eduardo, sin duda quien más le conocía y quien compartiera largos años de una lucha que fue común, podría haber sintetizado la vida y la obra de Rodolfo; y nadie mejor que él y con mayor tire en la política podría definirlo. Sería ocioso, pues, y también pretencioso. Intente, se ayu de todo lo que Eduardo dijo entonces. Sin embargo, fina; por una parte, de charlas y discusiones y, por la otra, de la observación singular de su conducta y de sus actitudes frente a muchos sucesos políticos contemporáneos, surge una constatación que entre todo lo recataba de la vida y la obra de Rodolfo, que en el umbral de los tiempos perduraría como síntesis y mensaje su convicción de que el camino revolucionario en Argentina, del mismo modo que en el Continente todo impulso político, ideológico, social y un método que no son otros que los que hacen de un materialismo dialéctico y exige la unidad indisoluble de todas las fuerzas y organizaciones revolucionarias del mismo signo que luchan por la Patria Socialista. Abrier, pues, en el seno de esas organizaciones un amplio, fraternal y honesto debatido político ideológico y trasladarlo al pueblo y a la clase trabajadora y esforzarse por crear conductos fluidos de comunicación y diálogo, renunciando a la confraternidad y solicitaría, constituiría el mejor homenaje revolucionario a la memoria combativa y militante de Rodolfo Ortega Peña.

Mientras tanto, si aquella tarde gris y lluviosa que entramos a Rodolfo nos dio la muerte, nunca la Argentina sabremos bien: lo sabian— lo sabía— que Argentina minutó a minuto, hasta que el pueblo y el clamor se unan y libren juntos y ganen juntos la batalla final por la Patria Socialista. Finalmente, cantaba para Rodolfo este trozo de un hermoso poema que Rafael Alberti escribió para otro argentino: "La vida clara, hermosa la memoria, hermoso su sentido, claro su ejemplo y claros sus deudores..."

Cordoba 7 de agosto de 1974.

Gustavo ROCA
Compañero Ortega Peña
¡HASTA LA VICTORIA SIEMPRE!

El 31 de julio de este año, uno de los más lúcidos y abnegados militantes del peronismo revolucionario fue asesinado. Su muerte fue, no solamente un crimen infamante, sino, y fundamentalmente, un símbolo de esta época sombría. Ortega Peña defendió al peronismo y al Pueblo cuando la oligarquía en el poder lo reprimía con la mayor ferocidad. Su nombre y su esfuerzo estuvieron allí donde los combatientes, los prisioneros y los opositores fueron derrotados.

En la lucha cotidiana, casi siempre anónima, tantas veces solitaria, siempre peligrosa. Es entonces lógico que su desaparición coincida con esta etapa de aparente triunfo de los renegados, de los miserables y de los traidores, con este período en que, debajo de los símbolos y de las consignas populares, se disfraza un proceso de represión a la clase obrera, de desmovilización popular y terrorismo ideológico.

No es importante el nombre de sus asesinos. Estamos seguros que el Pueblo los conocerá y juzgará un día. En cambio lo es saber por qué Ortega Peña fue asesinado. Por qué habla llegado a ser intolerable al Régimen. Por qué se habla hecho necesario suprimirlo.

Ortega Peña levantó su voz contra el Pacto Social. Lo denunció como un instrumento creado para reprimir y aplastar las luchas y revindicaciones proletarias, como la expresión más acabada de la lucha de clases, desde el punto de vista del enemigo. Por eso fue asesinado.

Ortega Peña acusó sin descanso la política escrita del Partido Socialista, que despojándose de su antigua retórica, asumió sin careta su función de cómplice y capataz de la burguesía. Por eso fue asesinado.

Ortega Peña, desde todas las tribunas a su disposición, enjuició sin descanso el terror de las bandas reaccionarias, la tortura y la injusta cárcel de los militantes populares. Por eso fue asesinado.

Ortega Peña se negó a “olvidar” y “perdonar” los crímenes y despojos de los personajes del imperialismo, los mismos que hoy regresan a ocupar los cargos que fugazmente abandonaron. Por eso fue asesinado.

Ortega Peña mantuvo en alto las consignas del peronismo revolucionario, la tradición de las ensangrentadas banderas de la Resistencia Peronista y desempeñar sin tregua la tiranía ideológica, el maccartismo y la pomposa y vacía “ortodoxia” que hoy campea, asesinada por los adulos y trepadores de siempre, en el Movimiento. Por eso fue asesinado.

Ortega Peña fustigó el reformismo temeroso de las políticas de recambio y el sectarismo iluminado que divide el campo del pueblo. Ortega Peña hizo de su bancada de diputado una formidable herramienta de esclarecimiento y denuncia.

Utilizó sus fuerzas para impulsar y ayudar cuanta lucha obrera, cuanto movimiento de protesta legítima surgía en el país. Por eso fue asesinado.

Ortega Peña, en fin, jamás perdió de vista los intereses del proletariado y la Revolución. Su vida fue una incansable búsqueda de los caminos de la organización revolucionaria del pueblo, y un testimonio de rebeldía irreductible. Trabajo popular, ensayista, historiador, militante de base, abogado de combatientes, parlamen-
tario, fue ulteriormente cuando su existencia se aproximaba a esa síntesis insuperable que es la completa fusión con el destino de su pueblo. Por eso lo odiaron el imperialismo, la burguesía explotadora, la burocracia entreguista, los torturadores y los políticos del miedo y la corrupción.

Por eso tenía que morir. Por eso lo asesinaron.

Detrás de su muerte vendrán otras, que tendrán el mismo sentido. No vamos a ensayar aquí torpes frases de consuelo. Ortega no es reemplazable. Un destino sin misericordia lo aleja cuando su inteligencia, su valor y su experiencia nos era más necesarios. Pero todas las muertes de los combatientes revolucionarios serán recobradas cuando la Revolución, por las que ellas nacieron, se haya hecho la Patria Socialista en la que Ortega soñó, y por la que vivió, luchó y murió.